no pensaba en ir á comer, pues se encontraba perfectamente en la playa. Cuando se hizo de noche, Margarita sentada aparte, sintió que alguien la soplaba en la nuca. Era Delfin, muy alegre, andando á gatas y rondando detrás de ella como un lobo. La joven contuvo un grito, para no alarmar á su padre que hubiera pegado un puntapié á Delfin, y murmuró, medio seria, medio risueña:

-iVete, imbécil! iVas à hacer que te sorprendan!

IV

Al día siguiente, Coqueville, al despertarse, halló el sol ya alto en el horizonte. Aun reinaba mayor calma, una mar dormida bajo un cielo puro, uno de esos tiempos de pereza en los que es tan agradable no hacer nada. Era miércoles. Hasta la hora del almuerzo, Coqueville descansó del regalo de la víspera, y luego bajó á la playa, á ver qué pasaba.

La pesca, la vinda Dufeu, Monchel, todo quedó olvidado aquel miércoles. La Queue y Rouget ni siquiera hablaron de ir á visitar sus nasas. Hacia las tres se descubrieron barriles: cuatro danzaban frente al pueblo. El Céftro y la Ballena les dieron eaza, pero como había para todos, no hubo disputas y cada barea se llevó su parte.

A las seis, después de haber registrado el pequeño golfo, Rouget y La Quene regresaron, cada uno con tres toneles, y se reanudó la fiesta. Las mujeres habían bajado mesas para mayor comodidad; también se llevaron bancos, y así quedaron establecidos dos cafés al aire libre como los había en Grandpot. Los Mahé estaban á la izquierda, los Floche á la derecha, separados aun por montecillo de arena. Sin embargo, aquella noche, el Emperador que iba de su grupo á otro, paseó vasos llenos, á fin de que todo el mundo probara de los seis toneles. Hacia las nueve, todos estaban más alegres que la víspera. Coqueville, al día siguiente, no pudo recordar de qué modo se había encontrado.

El jueves, el Céfiro y la Ballena no pescaron más que cuatro barriles, los cada uno, pero eran enormes.

El viernes la pesca fué soberbia, inesperada: hubo siete toneles, tres para Rouget y cuatro para La Queue. Entonces Coqueville entró en la edad de oro. Nadie hacía ya nada. Los pescadores, digiriendo los alcoholes de la vispera, dormian hasta el mediodía; luego bajaban paseándose por la playa é interrogaban el mar: su única preocupación era preguntarse qué licor les llevaria la marea. Alli permanecian horas enteras cruzados de brazos; en cuanto aparecía algún tonel lanzaban gritos de alegría. Las mujeres y los niños, desde lo alto de las rocas, señalaban con exagerados ademanes hasta las menores ramos de algas empujadas por las olas; y á todas horas, el Céfiro y la Ballena estaban en disposición de partir. Salían, batían el golfo. hacían la pesca de los toneles como la pesca del atun, desdeñando á las sargases tranquilizadas que hacían cabriolas al sol, y á los perezosos sollos que se mecían á flor de agua. Coqueville presenciaba

la pesca, reventando de risa sobre la arena, y por la noche se bebía la pesca.

Lo que entusiasmaba à Coqueville era que los barriles no se acababan. Cuando ya no los había se presentaban más. Preciso era en verdad que el buque perdido llevase un buen cargamento à bordo. Coqueville, egoista y alegre, bromeaba acerca del buque naufrago, un verdadero depósito de licores en cantidad suficiente para emborrachar á todos los peces del Océano. Además, nunca se pescaba un barril igual á los otros; los había de todas las formas, de todos los tamaños y de todos los colores; luego, cada uno era de un liquido diferente, asi es que el Emperador estaba sumido en hondas preocupaciones: él, que había bebido de todo, no sabía por donde se andaba. La Queue declaró que jamás había visto un cargamento semejante. El padre Radiguet creia que aquello debía ser un pedido hecho por algún rey salvaje que quisiera montar sus bodegas. Por lo demás, á Coqueville, mecido en sus desconocidas borracheras, le importaba poco no comprender qué era ello.

Las señoras preferían las cremas, y tuvieron cremas de moka, de cacao, de menta y de vainilla. María Rouget bebió una noche tanto anisete que se puso enferma. Margarita y las otras jóvenes cayeron sobre el curazao, la benedictina, la trappistine, la chartreuse. En cuanto al cassis quedó reservado para los niños. Como es natural, los hombres se regocijaban más cuando se pescaba cognac, ron, ginebra, todo lo que cosquilleaba la garganta. De yez en cuando había sorpresas. Un to-

nel de raki de Chio á la almáciga, dejó estupefacto á Coqueville, que creyó haber hallado un tonel de esencia de trementina; no por esto dejó de bebérselo, porque era cosa de no desperdiciar nada; pero se habló de ello durante largo tiempo. El arack de Batavia, el aguardiente sueco al comino, el tuica calugaresca de Rumania, el shiwowitz de Servia, trastornaron igualmente todas las ideas del pueblo respecto à lo que se puede beber. En el fondo hubo una predilección por el kummel y el kirsch, licores claros como el agua y fuertes, para matar á un hombre. ¿Era posible que se hubiesen inventado cosas tan buenas? En Coqueville no se conocía más que el aguardiente y aun no de todo el mundo; así es que las imaginaciones acababan por exaltarse, llegando hasta una verdadera devoción, ante aquella inagotable variedad de lo que emborracha. ¡Oh! ¡Embriagarse cada noche con algo nuevo y no saber su nombre! Esto parecía un cuento de hadas, una lluvia, una fuente que arrojase líquidos extraordinarios, todos los alcoholes destilados, perfumados con todas las flores y todos los frutos de la creación.

Decíamos que el viernes por la noche había siete barriles en la playa. Coqueville no se apartaba de esta, viviendo allí, gracias á la benignidad del tiempo. Jamás, en septiembre se había disfrutado una semana tan hermosa. La fiesta duraba desde el lunes, y no había razón para que no durase siempre, si la Providencia continuaba enviando toneles, pues el padre Radiguet veía en esto la mano de la Providencia. Todos los negocios se ha-

bian suspendido: ¿para qué trabajar desde el momento en que el placer venía durmiendo? Todos eran burgueses, burgueses que bebían líquidos caros, sin tener que pagar nada en el café. Coqueville, con las manos metidas en los bolsillos, tomaba el sol y osperaba el banquete de la noche. Además, no se serenaba nunca, pues empalmaba las alegrias del kummel, del kirsch y de la ratafia; en siete días conoció los arrebatos de la ginebra, los enternicimientos del curazao, las risas del cognac; y se volvió inocente como el niño recién nacido, no sabiendo nada de nada y bebiendo con convicción lo que le enviaba el buen Dios.

El viernes fué cuando los Mahé y los Floche fraternizaron. Aquella noche estaban todos muy alegres. Ya la vispera se habían estrechado las distancias, pues los más ébrios habían pisoteado la prominencia de arena que separaba los dos grupos. Vaciábanse los cuatro toneles por parte de los Floche, á la vez que los Mahé acababan sus tres barrilitos, que contenían tres licores que formaba precisamente la bandera francesa: uno azul, otro blanco y otro rojo. El azul excitaba la envidia de los Floche, pues un licor azul les parecía una cosa sorprendente. La Queue, vuelto persona desde que no soltaba la papalina, se adelantó, vaso en mano, comprendiendo que él, como autoridad,

debia dar el primer paso.

-Veamos, Rouget, -- balbuceó: -- ¿quieres que tringuemos?

-Con mucho gusto, -repuso Rouget, vacilando enternecido.

Y se abrazaron. Entonces todo el mundo lloró: hasta tal punto que estaba la gente emocionada. Los Mahé y los Floche fraternizaron, jellos que se devoraban desde hacía tres siglos! El padre Radiguet, muy conmovido, volvió á hablar de la mano de la Providencia, y se trincó con los tres licores, el azul, el blanco y el rojo.

-¡Viva Francia!-gritó el Emperador.

El azul no valía nada; el blanco poca cosa; pero el rojo era muy bueno. En seguida, se acudió á los toneles de los Floche. Luego se bailó. Como no había música, algunos mozos de buena voluntad la improvisaron palmoteando y silbando, lo cual arrebataba á las jóvenes. La fiesta fué soberbia. Los siete toneles estaban puestos en fila y cada cual podía elegir lo que más le gustaba. Los que ya tenian bastante, se tendian sobre la arena, donde echaban un sueño, y cuando despertaban volvian á empezar. Los otros ensanchaban poco á poco el salón de baile, tomando toda la playa. Se bailó hasta media noche al aire libre. La mar exhalaba un rumor dulce y las estrellas brillaban en un cielo profundo, de una tranquilidad inmensa. Era aquello una serenidad de las edades primitivas, envolviendo la alegría de una tribu de salvajes, embriagada por su primer tonel de aguardiente.

Sin embargo, Coqueville aun iba á sus casas á acostarse. Cuando ya no había más que beber, los Floche y los Mahé se ayudaban, se conducían y mal ó bien acababan por encontrar sus lechos. El sábado duró la fiesta hasta cerca de las dos de la madrugada. Se habian pescado seis toneles, dos de ellos enormes. Fonasse y Tupán estuyierou á punto de pegarse. Tupán que tenía mala borrachera, hablaba de matar á su hermano; pero aquella cuestión indignó á todo el mundo, casi tanto á los Floche como à los Mahé, ¿Era razonable seguir disputando cuando el pueblo en su casa se abrazaba? Obligóse á los dos hermanos á trincar juntos, y como se mostrasen reacios, el Emperador se prometió vigilarlos. El matrimonio Rouget tampoco iba bien. Cuando María bebia demasiado anisete, prodigaba à Brisemotte demostraciones de amistad que Rouget no podía ver con calma tanto más en cuanto habiéndose puesto tierno, también queria ser amado. El padre Radiguet, lleno de mansedumbre, les predicaba el perdón de las injurias; pero à pesar de ello, se temia un accidente.

-¡Bah!-dijo La Queue:-todo se arreglará... Si mañana es buena la pesca, ya lo vereis... ¡A vuestra salud!

Sin embargo, el mismo La Queue todavía no era perfecto; continuaba acechando á Delfin y le propinaba puntapiés en cuanto le veía acercarse á Margarita. El Emperador se indignaba, pues no tenía sentido comun impedir que dos jóvenes se divertieran; pero La Queue seguía jurando que mataría á su hija antes que dársela al pequeño. Además que Margarita no le quería.

-¿No es verdad? Tú eres muy orguilosa, -gritaba el padre. -¿Verdad que no te casarás nunca con un mendigo?

-¡Nunca, papá!-respondía Margarita.

El sábado, la jóven bebió mucho de un licor azucarado: no se había conocido jamás un dulce semejante. Como bebió con confianza, pronto se halló sentada junto al tonel: reíase, sintiéndose feliz, como en el paraiso; veía estrellas y parecíale que tenía dentro del cuerpo una música que tocaba piezas de baile. Entonces fué cuando Delfin, deslizándose en la sombra de los toneles, le cogió la mano y preguntó:

-Di, Margarita: ¿quieres?

Ella, sin dejar de sonreir, repuso:

-Quien no quiere es papá.

-¡Oh! Eso no importa,—repuso el mancebo.— Ya sabes tú que los viejos no quieren nunca. ¡Pero siempre que tú quieras...!

Y enardeciéndose, la dió un beso en el cuello. Ella se irguió, sintiendo extremecimientos que la corrían á lo largo de los hombros.

-; Basta! me haces cosquillas...

Pero ya no hablaba de pegarle. En primer lugar no hubiera podido, pues tenía las manos muy mojadas; y luego la parecía cosa buena los besitos en el cuello: eran como el licor, que la entorpecía de un modo delicioso. Acabó por volver la cabeza y por alargar la barba como una gata.

-¡Calle!-murmuraba al oido del joven,-¡Esto

me pica!... ¡Oh! ¡Es bueno!...

Ambos olvidaban à La Queue; por fortuna el Emperador velaba: mostróselos al padre Radiguet y dijo:

-Mire usted, padre cura... Valdría más casarlos.

—La moral ganaría,—declaró sentenciosamente al sacerdote.

Y se encargó del asunto para el día siguiente.

El hablaría á La Queue. Este, entretanto, había bebido de tal modo que el Emperador y el cura hubieron de llevarle á su casa. Por el camino trataron de hablarle respecto á su hija; pero no pudieron obtener de él más que algunos gruñidos. Detrás de ellos, Delfin marchaba, á la claridad de la noche, sosteniende á Margarita.

Al día siguiente, á las cuatro, el Céfiro y la Ballena habían pescado ya siete barriles, á las seis el Céfiro pescó otros dos, lo cual formaba un total de nueve. Entonces Coqueville celebró el domingo. Era sl séptimo día que se emborrachaba y la fiesta fué completa, una fiesta como no se había visto nunca otra, como no se verá jamás. Hablad de ello en la Baja Normandía y os dirán entre carcajadas:

-¡Ah! Si: ¡la fiesta de Coqueville!

V

Entretanto, desde el martes, Monchel estaba sorprendido de que no llegasen à Grandport ni Rouget, ni La Queue. ¿Qué diablos podían hacer aquellos hombres? La mar estaba hermosa y la pesca debía haber sido soberbía. Acaso quisieran llevar de una vez toda una carga de lenguados y langostas. Y tuvo paciencia hasta al miércoles.

El miércoles se incomodó. Es preciso saber que la viuda Dufeu no tenía nada de amable. Era una mujer que enseguida apelaba á las palabras gordas. Aunque Monchel era un buen mozo, rubio v fuerte, temblaba ante ella, tanto más en cuanto pensando en hacerla su esposa, la rodeaba de atenciones, á reserva de calmarla con un bofetón, si llegaba á ser el amo. Ahora bien, el miércoles por la mañana, la viuda Dufeu tronó y relampagueó quejándose de que los pedidos no se servian, de que el pescado faltaba; y acusó á su representante de correr tras las muchachas de la costa, en vez de preocuparse de la pescadilla y las sargas, que debian haber venido en absundancia. Monchel, vejado, se disculpó con la singular falta de palabra de los de Coqueville. La sorpresa apaciguió por un instante á la viuda Dufeu. En qué pensaban los de Coqueville? Jamás se habían portado de aquel modo... Pero pronto manifestó también que ella no tenía nada que ver con Coqueville, que Monchel se arreglase y que si este se dejaba aun engañar por los pescadores, tomaría otra determinación. El representante, muy inquieto al pronto, dió á todos los diablos á Rouget y á La Queue; pero luego pensó que tal vez se presentarían al día siguiente.

El jueves no compareció ninguno de las dos. Monchel, desesperado, subió por la tarde á la roca situada á la izquierda de Grandport, desde donde se descubre á lo lejos Coqueville, con la mancha amarilla que forma su playa; y miró largo rato. El pueblo, iluminado por el sol, tenía un aspecto tranquilo, y ligeras columnas de humo salían de las chimeneas; sin duda las mujeres preparaban la

142

Pasó la noche y llegó el viernes sin que viniese nada de Coqueville. Monchel subió más de diez veces á la roca. Comenzaba á perder la cabeza, pues la viuda Dufeu le trataba de un modo abominable, sin que él supiera qué contestar. Coqueville continuaba allá abajo, calentándose al sol como un lagarto perezoso; más Monchel ya no vió humo. El pueblo parecia muerto: ¿habrian perecido todos en sus agujeros? En la playa se observaba algún movimiento; pero podía ser causado por algunas algas, arrojadas por el mar.

Vino el sábado y madie tampoco! La viuda Dufeu ya no gritaba; tenia la mirada fija y los labios blancos. Monchel pasó dos horas en la roca. Desarrollábase en él una gran curiosidad, una necesidad particular de conocer la causa de la extraña inmovilidad del pueblo. Aquellos edificios durmiendo tranquilamente al sol, acabaron por irritarle, y tomó su resolución: el lunes muy temprano partiría y procuraría llegar á Coqueville hacia las nueve de la mañana.

No constituía un paseo la ida á Coqueville. Monchel prefirió ir por tierra pues así caería sobre el pueblo de improviso. Fué hasta Robigneux en carruaje; alli dejó este en una granja, pues no huLA FIESTA DE COQUEVILLE

biera sido prudente arriesgarle en los desfiladeros, y partió bravamente resuelto á salvar siete kilómetros por el más abominable de los caminos. Era este, sin embargo, de salvaje belleza; baja dando repetidas vueltas entre dos enormes rampas de rocas y en algunos sitios es tan estrecho que no pueden pasar tres hombres de frente. Más lejos, va bordeando precipicios; la garganta se abre à trechos bruscamente y deja ver el mar é inmensos horizontes azules. Pero la situación de ánimo de Monchel no era propicia para admirar el paisaje. Cuando las piedras rodaban bajo sus pies, lanzaba un terno: la culpa era de Coqueville y el hombre juraba que sa udiría el polvo á aquellos holgazanes. Entretanto iba aproximándose. De pronto, al dar la vuelta á la última roca, vió las veinte casas del pueblo colgadas de la ladera del acantilado.

Eran las nueve. Hubiérase creido estar en junio, tan azul y templado estaba el cielo: un tiempo hermoso, un aire puro, dorado por el polvillo de los rayos solares y refrenado por el olor á la marina, Monchel se internó por la única calle del pueblo, que había visitado con frecuencia y al pasar por delante de la casa de Rouget, entró en ella. La casa estaba vacía. En seguida dió una ojeada á los de Fonasse, Tupain y Brissemotte. ¡Ni un alma! Todas las puertas estaban abiertas y no había nadie en las habitaciones. ¿Qué significaba aquello? Monchel experimentó un ligero extremecimiento. Entonces pensó en las autoridades: de seguro que el Emperador le informaria; pero la casa del Emperador estaba tan vacía como las otras: ¡hasta el guarda rural se hallaba ausente! Aquel pueblo desierto y silencioso comenzó á inspirarle terror. Corrió á casa del alcalde, donde le esperaba una nueva sorpresa: aquel lugar se encontraba en un lamentable desorden; no se habían hecho las camas desde hacía tres días; la vajilla estaba esparcida; las sillas por el suelo parecían indicar alguna batalla.. Trastornado, soñando con cataclismos, Monchel quiso ir hasta el fin y visitó la iglesia. No había más cura que alcalde. Todos los poderes y hasta la misma religión habían desaparecido, Coqueville abandonado, dormía sin un alma, sin un perro, sin un gato, hasta sin aves, pues las gallinas también se habían ido. ¡Nada! ¡El vacio, el silencio, un sueño de plomo bajo el inmenso cielo azul!

¡Diablo! ¡No era extraño que Coqueville no llevase pesca. Coqueville había levantado el campo, estaba muerto, y era preciso avisar á la policía. Esta catástrofe misteriosa exaltaba á Monchel, cuando habiéndosele ocurrido la idea de bajar á la playa, lanzó su grito. En medio de la arena, yacía la población entera. El representante creyó en una matanza general; pero unos sonoros ronquidos le desengañaron. En la noche del domingo, Coqueville había celebrado la fiesta hasta tan tarde que se había encontrado en la imposibilidad de irse á acostar al pueblo. Entonces se había dormido sobre la arena, cada cual en el sitio donde había caído, en torno de los nueve toneles, completamente vacíos.

Si: alli roncaba todo Coqueville; Monchel quedó estupefacto; los niños, las mujeres, los viejos, los

jóvenes, ni uno estaba en pie. Los había boca abajo; los había boca arriba; otros dormían á lo perro de caza. Cuando se ha hecho la cama, se acuesta uno. Y las bravas gentes estaban allí sembradas según el capricho de la borrachera, semejantes á un puñado de hojas esparcidas por el viento. Había hombres que cayeron con la cabeza más baja que los pies y mujeres que enseñaban la parte posterior: aquello estaba lleno de agradable franqueza, como dormitorio al aire libre, pues donde hay miramientos, no hay placer.

Precisamente se estaba en luna nueva y Coqueville, creyendo haber apagado su luz, se había dormido en la obscuridad; luego, el día había ido creciendo y en aquellos instantes brillaba esplendoroso el sol y caía á plomo sobre los durmientes sin hacerles mover los párpados. Dormían pesadamente, con la faz regocijada y con la hermosa inocencia de los borrachos. Las gallinas debían haber ido por la madrugada á picar en los toneles, pues también ellas estaban ébrias, tendidas en la arena; hasta había cinco gatos y tres perros con las patas al aire, embriagados por haber lamido los vasos, chorreando azucar.

Por un instante, anduvo Monchel por enmedio de los durmientes teniendo cuidado de no pisar á nadie. Había comprendido ya lo que acontenía, pues también en Grandport se habían recogido toneles procedentos del naufragio de un buque inglés. Toda su cólera había desaparecido. ¡Qué espectáculo tan conmovedor y tan moral! ¡Coqueville reconciliado! ¡Los Mahé y los Floche dur-

miendo juntos! Al beber el último vaso, los más encarnizados enemigos se habían abrazado. Tupain v Fonasse roncaban estrechándose la mano, como hermanos incapaces de cuestionar por una herencia. La familia Rouget ofrecia un cuadro más amable aun: Maria dormia entre Rouget y Brisemotte, como dando à entender que en adelante vivirian así, los tres felices.

Pero un grupo, sobre todo, formaba una conmovedora escena de familia. Delfin y Margarita estaban abrazados; dormían mejilla contra mejilla, con los labios todavía abiertos por el último beso. A sus pies, los guardaba el Emperador, acostado de través; y por encima de ellos, La Queue roncaba como padre satisfecho de haber casado á su hija, mientras que el padre Radiguet, tendido allí como los demás, y con los brazos extendidos, parecía bendecirlos. Margarita durmiendo, alargaba aun su rozado hociquillo, como una gata amorosa á la que le gusta que le rasquen debajo de la barba.

La fiesta había terminado en un casamiento. Y el mismo Monchel se casó más tarde con la viuda Dufeu, à la que sacudió el polvo de lo lindo. Hablad del caso en la baja Normandia, y os contesta-

rán entre carcajadas;

-¡Ah! ¡Sí!... ¡La fiesta de Coqueville!

UNIVERSIDAD BE NUEVO LEON RIBLIOTECA UNIVA TORIA "ALFONSO " "S" ON THE MUNICIPAL NEXT

EN LOS CAMPOS

NIEL TOTERA UNITERITARIA ABOR 1828 MONTERREY, MARKET